

La economía social en el marco de la transición socioecológica¹

En los últimos años se ha hecho popular la idea de que estamos en el umbral de una segunda transición española. También se ha vuelto común oír hablar de crisis de régimen, y por las mismas razones: el impacto de la depresión económica en un orden constitucional que cerró en falso tantas herencias problemáticas de la dictadura ha reabierto viejas heridas y alentado antiguos conflictos. El sistema de turnos bipartidista ya no es capaz de gestionar con normalidad la diversidad nacional del Estado. Tampoco el descontento ciudadano provocado por los recortes, la precarización de la vida cotidiana, las expectativas de futuro frustradas o la creciente exclusión social. Ninguna de estas graves fracturas parece poder repararse, a la larga, sin dar a luz un nuevo acuerdo constitucional, que será el reflejo de una nueva correlación de fuerzas entre grupos sociales con intereses diferentes y expresión de un replanteamiento de nuestro horizonte de convivencia compartida.

Pero las turbulencias políticas de los últimos años., y las que están por venir, son solo el oleaje de superficie de la auténtica tormenta que se está gestando: el estallido de la burbuja inmobiliaria ha sido el “síntoma hispánico” del agotamiento general de un modelo económico y social que no volverá jamás. Ante lo que se enfrenta España, Europa y el planeta en su conjunto es a la quiebra de un modo de generar riqueza y cohesión social que ya no va a ser viable. Otro mundo no solo es posible, como afirmaba el eslogan altermundialista. Otro mundo es inevitable.

Por su particular historia política, España siempre ha estado a la cola de Europa en materia de igualdad social y políticas del bienestar. Los bajos salarios y la regresividad de su sistema fiscal han facilitado un modelo de crecimiento perverso, basado en la explotación de mano de obra barata y empleada en actividades que en muchos casos se dan en la economía sumergida. Por ello las crisis en España se traducen siempre en unos niveles de destrucción de empleo superiores a las otras naciones de la Unión Europea. Esta vez no ha sido una excepción.

También debe tenerse en cuenta que España se ha posicionado en el juego del casino global neoliberal con una apuesta frágil y nociva. La planta industrial nacional ha sido casi desmantelada y sustituida por un esquema de economía de sector servicios de la peor calidad y enorme impacto ecológico y social: nuestra prosperidad se ha basado en expandir por todo el territorio el melanoma urbanístico del turismo y la construcción.

Finalmente, es indudable que el lema “no es una crisis, es una estafa” que gritaba el 15M tenía una parte de verdad indudable: por un lado, las instituciones públicas de nuestro país se han visto desgraciadamente sometidas a algo que una pluma un poco exagerada podría calificar de saqueo sistemático por parte de tramas mafiosas que han hecho de la riqueza común un coto de lucro privado; por otro, las pérdidas provocadas por los riesgos de la especulación financiera a beneficio de unos pocos han sido

¹ Conferencia dada en la Diputación Provincial de Albacete el 31 de enero de 2017.

asumidas por todos a través del rescate bancario. Esta componente de estafa no explica las causas de la crisis, pero sí es fundamental para entender su gestión.

Sin embargo lo que hace a esta crisis algo distinto, y que permite incluso catalogarla como crisis de civilización, es su dimensión ecológica. Cuyos efectos más notables se están produciendo en los ámbitos relacionados de la energía y el clima.

España es un país altamente vulnerable ante el cambio climático en curso. Lo es por las condiciones de sus ecosistemas y lo es por su posición geográfica. A mediados de siglo la desertización y las sequías prolongadas puede impedir el cultivo peninsular de alimentos tan emblemáticos como el olivo o la vid y hacer inhabitable una parte importante del sur del país. La más que justificada y comprensible presión migratoria de los desplazados climáticos de las regiones intertropicales, de la que la actual crisis de refugiados es solo un anticipo, también tendrá en el estrecho de Gibraltar una de sus puntas de lanza.

Además, España es un país extremadamente dependiente en el plano energético. Importamos casi el 100% del petróleo y el gas que consumimos, y tras la última reconversión minera, vamos camino de una dependencia también absoluta del carbón importado de Sudáfrica y Australia. En el 2012, la economía española gastó más en importar energía (62.500 millones de euros) que lo que ingresó por los 58 millones de turistas que durante el mismo periodo visitaron el país (55.700 millones de euros). Y si desde el 2014 hemos vivido una recuperación notable de las cifras macroeconómicas, que todavía está lejos de traducirse en la vida de la gente, ha sido fundamentalmente por un contexto internacional de bajos precios del petróleo que no durará para siempre.

Hemos de aceptar la siguiente premisa: el colapso es algo que hay que conjugar en presente continuo. Como civilización estamos colapsando. Y esto, como dice Naomi Klein, lo cambia absolutamente todo.

Esta afirmación no es un oráculo y no es una profecía. El colapso es una tendencia empírica demostrada a la mínima que se pongan a dialogar entre sí lo mejor del conocimiento científico de nuestro tiempo, que por desgracia es un conocimiento producido bajo un régimen de especialización macabro.

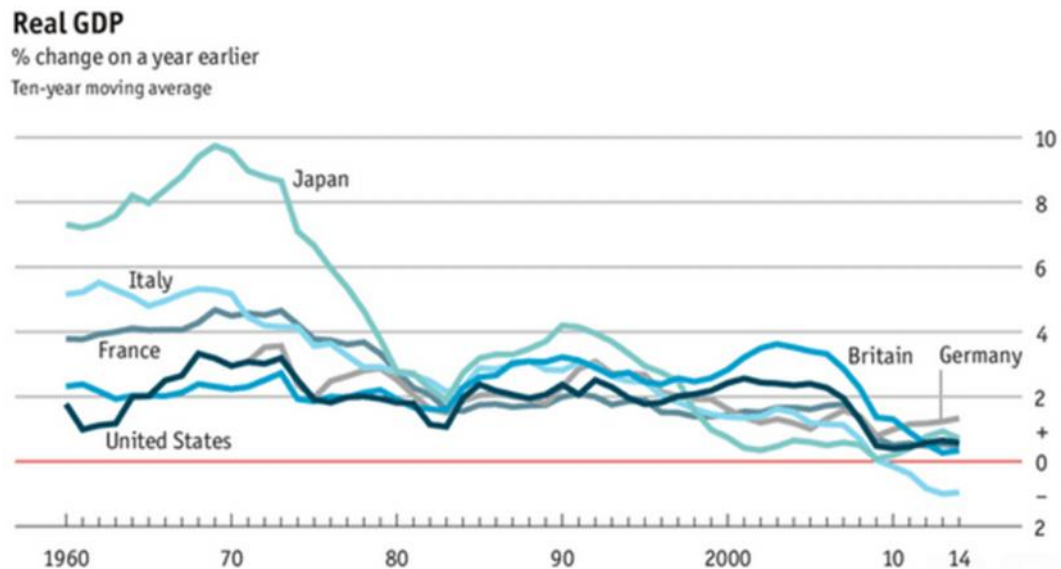
Es importante señalar, para evitar equívocos, que el colapso es un concepto histórico y hay que pensarlo como tal: a nuestros ojos va a adoptar más la forma de una lenta enfermedad degenerativa, de una agonía, que un shock cinematográfico. Pero esta tendencia al colapso no tiene un único final asegurado: el futuro está esencialmente en disputa. Durante un tiempo, que cada vez se hace más corto, algunos incluso piensan que se ha terminado, es adecuado pensarnos como situados en un punto de bifurcación. Lo que pase en las próximas dos o tres décadas nos coloca ante la disyuntiva de que lo que hemos conocido como modernidad, con su base metabólica industrial y todos los cambios innumerables asociada a ella, pueda ser un matriz civilizatoria viable para el tercer milenio, o quiebre catastróficamente, llevándose por delante muchos de sus rasgos sociales, entre ellos un volumen de población inalimentable si a la

sobredimensión urbana actual, y proyectada, le añadimos escasez de combustibles fósiles.

Es decir, existen posibilidades de que el siglo XXI desemboque en un hundimiento general del patrón de vida moderno mediante un auténtico naufragio antropológico; pero también existen posibilidades de que efectuemos una suerte aterrizaje de emergencia. Ser capaces de escapar de la trampa maltusiana en la que estamos cayendo: ese es el verdadero reto de la segunda transición española que se otea en el horizonte.

La crisis civilizatoria presenta muchas caras diferentes. Voy a centrarme en una de estas dimensiones, la ecológica, pero para captar la complejidad del presente conviene considerar también alguna otra. Por ejemplo, lo que algunos pensadores llaman los límites internos de acumulación de capital (Gorz 2008, Jappe 2011). Fijémonos en las siguientes gráficas:

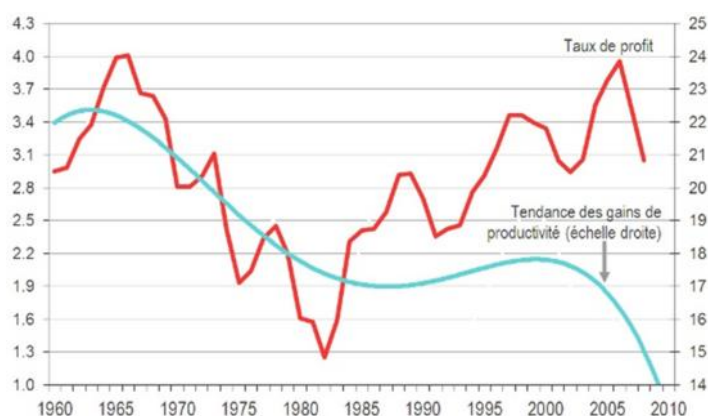
Figura 1. Evolución del crecimiento anual del PIB en los últimos 50 años



Fuente: Penn World Tables; The Economist

Como se observa en esta primera gráfica, las tendencias al crecimiento del PIB en los países desarrollados han ido progresivamente a la baja desde los años setenta. En la siguiente gráfica se aprecia la comparación entre la tasa de beneficio y las ganancias en materia de productividad del último medio siglo. Curiosamente, a partir de los setenta las ganancias en productividad han ido a la baja y se han descolgado del incremento de los beneficios.

Figura 2. Evolución comparada de los aumentos de productividad y los beneficios empresariales



Fuente: Michel Husson, "Los límites del keynesianismo", VientoSur.info, 24 de enero de 2015.

Explicación: la ofensiva neoliberal puede leerse como una estrategia para desconectar el beneficio empresarial de la economía real y vincularlo a operaciones de especulación en el ámbito de una economía financiarizada y desregulada hasta el absurdo. El problema es que la riqueza financiera es riqueza virtual, una enorme burbuja que caerá sobre nosotros con todo su peso cuando las expectativas de crecimiento que permiten mantener la deuda en funcionamiento se vean materialmente comprometidas (como ya ha sucedido, en forma de anticipo, con la crisis del 2008 y las primeras percepciones de superación del pico del petróleo convencional). La era de la financiarización quizá deba ser leída, en términos de *Gran Historia*, más como un síntoma que como una causa de la crisis económica: una prórroga delirante que dio oxígeno, pero no salvó, la lógica de autovalorización del valor que impone el capitalismo.

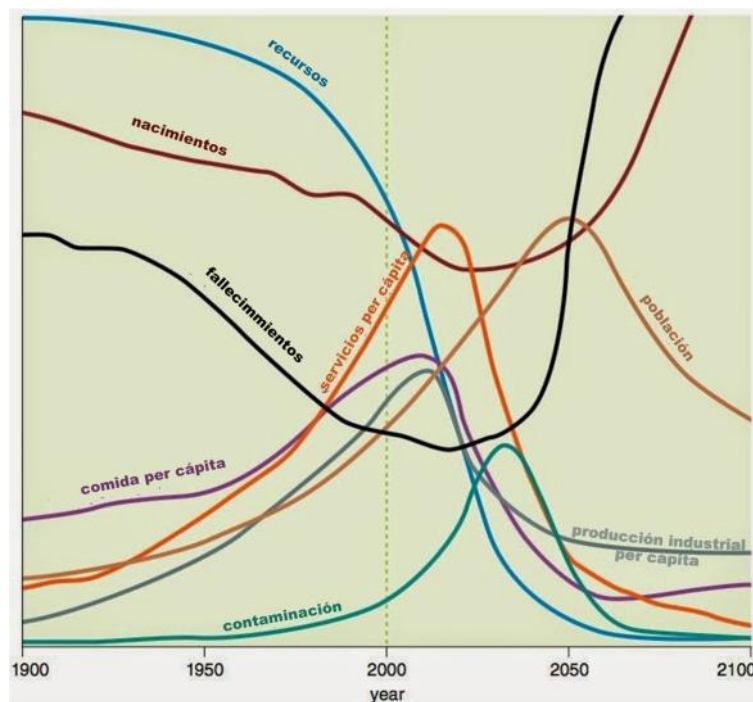
¿Cómo se explica esta ralentización de la economía global, una economía que es como si se le hubiera olvidado cómo crecer? Los economistas capitalistas están volviendo a retomar un concepto de un discípulo keynesiano, Alvin Hansen: el estancamiento secular. “Recuperaciones enfermas que mueren en su infancia y depresiones que se nutren a sí mismas y que dejan atrás una estela de desempleo inamovible” (Nadal, 2015) Dentro de la explicación a este estancamiento debaten dos posturas: aquellos que ven en él los límites de una política monetaria expansiva que no venga de la mano de un ambicioso programa de inversión pública y otras perspectivas, más oscuras, que hablarían de una suerte de agotamiento histórico del capitalismo por sobresaturación, porque los sectores que permitirían una rápida expansión estarían colmados, lo que llevaría a un declive progresivo de la productividad. Desde el ámbito de pensamiento de la crítica de la economía política, que inauguró Marx, algunos autores como Robert Kurz encuentran en este estancamiento secular el síntoma superficial del declive de la sociedad del trabajo, por efecto de la automatización y el principio del colapso del capitalismo por su propia incapacidad para reproducirse (Kurz 1991a y 1991b). El capitalismo, con sus constantes aumentos de productividad y disminuciones del peso del trabajo humano que genera la competencia estaría dando lugar a un desequilibrio incorregible entre mercados de mercancías en expansión constante complementados con mercados de trabajo menguantes.

Disquisiciones teóricas al margen, parece indudable que el precio a pagar por continuar la senda del crecimiento es cada vez más oneroso: adelgazamiento del Estado del bienestar, reformas laborales salvajes, desastres ambientales. Nuestros países parecen víctimas de la maldición de la Reina Roja de Alicia en el país de las maravillas: estamos obligados a correr el doble de rápido para seguir en el mismo sitio y un poco más para avanzar.

Pero este choque con los límites internos que encuentra el capitalismo para reproducirse, al que se le puede negar su carácter de novedad (interpretando las crisis como obstáculos cíclicos inherentes que el capitalismo siempre aprovecha para reinventarse), se complementa con un fenómeno nuevo a esta escala: el choque con sus límites externos. Esto es, con los límites biofísicos de un planeta finito.

Este es un mensaje que no es nuevo. En 1972 tuvo lugar la publicación de uno de los libros más importantes del siglo XX: el informe *Los Límites del Crecimiento*, que el Club de Roma encargó al MIT de Massachusetts, y que tenía por autores a Dennis y Donella Meadows y Jørgen Randers. En este estudio, a partir del mejor conocimiento disponible, y usando un modelo de dinámica de sistemas apoyado por los ordenadores más potentes de la época, se dibujaban diferentes escenarios de evolución de las sociedades industriales. Las conclusiones del libro ponían a la humanidad ante una importante elección: si las tendencias en curso de crecimiento poblacional, aumento de la producción industrial e incremento de la contaminación y agotamiento de recursos no se modificaban, los límites del crecimiento serían sobrepasados en algún momento del siglo XXI. Y el resultado más probable sería un colapso de la civilización industrial.

Figura 3. Escenario estándar de Los Límites de Crecimiento



Fuente: Hall y Day (2009)

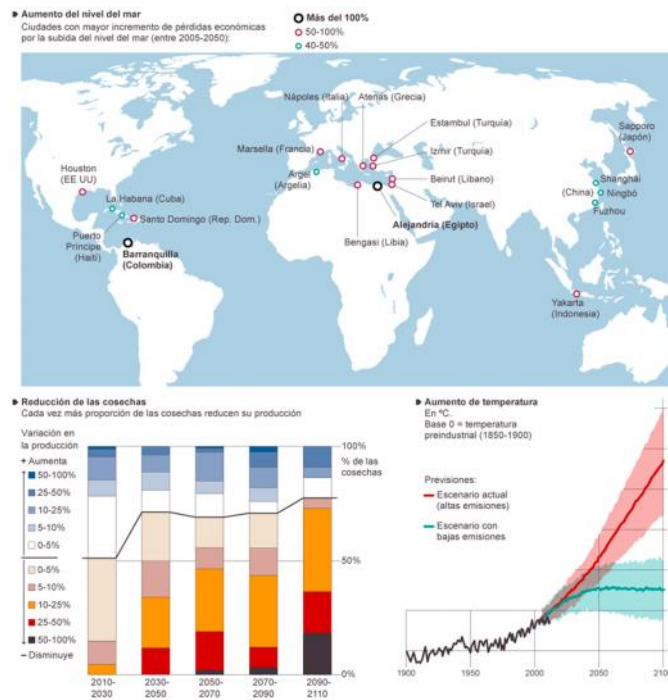
El nivel de predictibilidad de Los Límites del Crecimiento ha sido sorprendentemente bueno. La evolución real de los sistemas industriales en los últimos cuarenta años ha resultado altamente coincidente con una de las simulaciones manejadas por el estudio: el escenario estándar. Si la correspondencia entre el escenario estándar y el comportamiento de nuestros sistemas sociales sigue como hasta ahora, cabe esperar un colapso de la sociedad industrial en algún momento de los próximos veinte años. Pero el colapso también sucede en escenarios más optimistas: doblando los recursos naturales, mejorando la tecnología, reduciendo la contaminación... Solo un freno al crecimiento económico y poblacional nos situaría en el horizonte de sociedad industrial sostenible a finales del siglo XXI.

Actualmente estamos ya sobrepasados. Existe consenso de que en 1980 se superó la capacidad de carga del planeta. Hoy consumimos recursos como si tuviéramos a nuestra disposición una Tierra y media. Llevamos casi 37 años viviendo por encima de nuestras posibilidades ecológicas, aunque este festín se haya repartido de modo muy desigual. Esa cuenta que cargábamos al futuro está empezando a ser termodinámicamente reclamada: el futuro ya está aquí y quiere cobrarse nuestros excesos.

De un modo especialmente notable este choque con los límites del planeta se está haciendo notar en el binomio energía-clima, aunque no son nuestras únicas fracturas ecosociales.

Tenemos por un lado el cambio climático. La figura 4 es curiosa porque, pese a su tono catastrofista aunque realista, está sacada del periódico oficial del régimen, que es El País. En ella no se asocia el cambio climático sólo a la desaparición de los osos polares, que sin duda es un tragedia, sino a algo tan grave como la pérdida de productividad agrícola de las cosechas mundiales durante el siglo XXI, algo que sabemos que se va a traducir en guerras, procesos masivos de migración (se habla de mil millones de refugiados climáticos si se cumplen los peores escenarios, que es ahora lo más probable) y un grado de inestabilidad política sin duda explosiva.

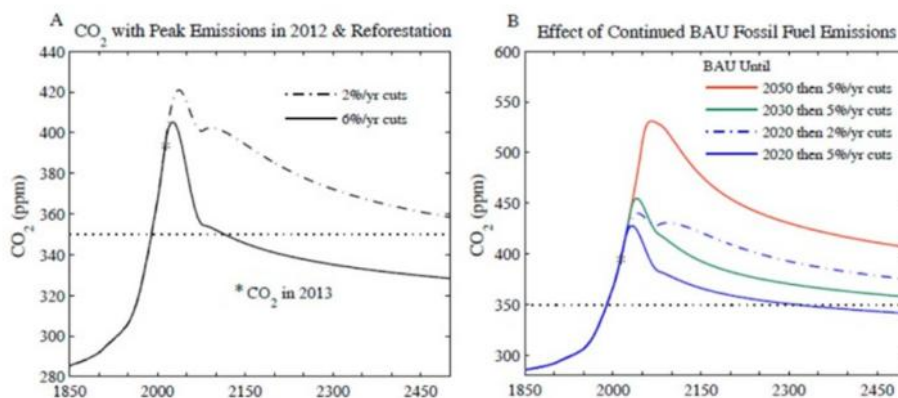
Figura 4. Efectos del cambio climático



Fuente: El País

Las perspectivas climáticas son terribles. Un importante artículo cuya firma encabeza uno de los más prestigiosos climatólogos del mundo, James Hanson, certifica que impedir cruzar el umbral de un cambio climático peligroso nos exigiría un nivel de reducciones tan severa (6% anual acumulativo) que solo es entendible en el marco de una auténtica revolución social.

Figura 5. Escenarios de reducción de emisiones para evitar un cambio climático peligroso

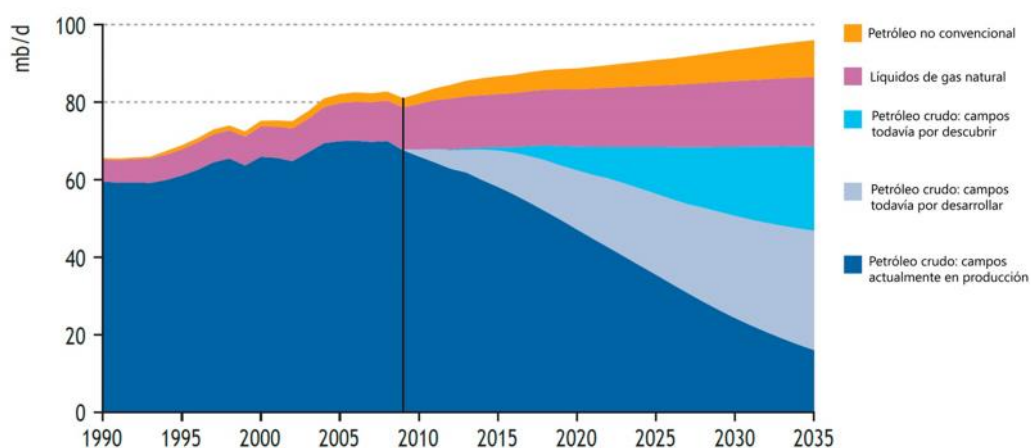


Fuente: Hansen et al. (2013)

Pero también tenemos problemas por el lado de los suministros, especialmente energía y más concretamente combustibles líquidos. Es importante aquí no dejarse engañar por la cuestión de los precios, que es un indicador malo a la hora de hablar de energía. Hemos vivido unos últimos años de precios relativamente bajos que ahora vuelven a repuntar y

con ello la inflación. Pero esto no se explica porque exista abundancia petrolífera sino más bien escasez de demanda a consecuencia de la crisis global.

La situación: desde el año 2005, aproximadamente, hemos llegado al techo histórico de producción mundial de petróleo convencional, el petróleo de buena calidad que ha cimentado el auge de la revolución industrial. Algo reconocido por las más altas instancias geológicas mundiales, como la AIE. Desde entonces todo el déficit lo estamos supliendo con petróleos no convencionales: algunos son derivados de petróleos muy pesados, como las arenas bituminosas de Canadá. Otros líquidos del gas natural y otros extraídos mediante costosísimas técnicas como el fracking. Economistas neoliberales dicen textualmente: “todo lo que llene mi depósito es petróleo convencional”, expresando al desnudo su analfabetismo ecológico. Sin embargo que estos petróleos tengan rentabilidades energéticas menores es fundamental para explicar que no pasarán de ser una prórroga. Solo un dato: el petróleo del campo de fracking más importante de Estados Unidos ya está en declive. Su declive ha estado evidentemente acelerado por la bajada de precios, que vuelve esta tecnología poco rentable, pero es muy sintomático.



Fuente: AIE, 2012

Pero nuestros problemas de suministros no son solo energéticos. También tendremos déficits durante el siglo XXI de minerales no energéticos, como demostraron Antonio y Alicia Valero con un trabajo impresionante que ha calculado el nivel de degradación del capital mineral de la tierra (Valero y Valero, 2014). Y no solo se trata de minerales. Estamos sobrepasados en todos los ámbitos. La biodiversidad, por ejemplo, se extingue a un ritmo que solo es equiparable al de las grandes extinciones del registro biológico.

¿Es la tecnología una solución ante este escenario? ¿Podemos por ejemplo, confiar un futuro de continuidad a la expansión de las energías renovables? En los círculos de estudio sobre temas energéticos hay hoy un intenso debate al respecto (véase, por ejemplo, la polémica entre García Olivares y Pedro Prieto-Carlos de Castro en el blog *The Oil Crash*). No tenemos tiempo para profundizar en esa interesante polémica, solo apuntar una reflexión: ¿cómo construir, levantar y mantener un campo eólico en una

plataforma marina continental, a 50 km de la costa, que es lo mejor en energías renovables que podemos hacer, sin petróleo? Es una pregunta retórica, porque la respuesta es que no se puede. Las renovables que hemos conocido están profundamente subsidiadas por el petróleo. Si el futuro será renovable, y lo será, hay que aceptar también que seguramente será un futuro muy distinto al que habíamos pensado. Especialmente porque el talón de Aquiles de nuestro sistema industrial es el transporte: el 95% de lo que se mueve lo hace gracias al petróleo y sus derivados. Y no es tan fácil electrificar todas las funciones que nos aporta el petróleo. Entre otras cosas porque no contamos con una abundancia tan inmensa de minerales como para poder hacerlo.

Responder a estos retos inmensos solo puede venir de la mano de una gran transformación, para la que se está consolidando, especialmente fuera de nuestro país, el concepto de “transición”. Tan grande que será parecida a la que vivieron nuestras sociedades con la Revolución Industrial. Simplificando mucho, tres campos de tareas van a marcar nuestro futuro: necesitamos otra relación con la naturaleza, un nuevo sistema de intercambio de energía y materiales que sea sostenible y basado en recursos renovables; pero esto tendrá un recorrido corto si no viene acompañado de una transformación del modelo socioeconómico para dejar de vivir en sociedad tan desiguales y que necesiten crecer para funcionar; por último, esto será políticamente imposible si no tiene lugar un cambio cultural, para aspirar a una vida buena más sencilla.

Los desafíos de esa nueva relación de intercambio de energía y materiales con la naturaleza son muchísimos. Por decir alguno, la descarbonización energética, esto es, volver a vivir del generoso salario del sol y no de esa herencia peligrosa de sol concentrado que son los combustibles fósiles; también una relocalización radical de la vida social, producir y vivir en distancias cortas, que será un prerrequisito de la descarbonización por las limitaciones que la sostenibilidad impone al modelo de transporte global; encaminarnos hacia el cierre de todos los ciclos, y la explotación de los recursos por debajo de su tasa de reposición. Hay por supuesto mucho trabajo que hacer en el terreno de la optimización y la ecoeficiencia. Somos sociedades que derrochamos mucho. Pero esta cuestión de la optimización ecológica es preciso ponerla en un segundo plano porque su contribución es problemática, por si sola puede provocar un efecto rebote (y porque además es la estrella argumentativa del capitalismo verde, y conviene desmontarla a nivel de discurso).

En el plano cultural, de nuevo son muchas las tareas, pero si hubiera que señalar una yo creo que la clave del cambio de nuestro paradigma cultural es la *lujosa pobreza*. Llamo lujosa pobreza a esas experiencias que son materialmente y energéticamente austeras pero que son capaces de experimentarse como formas de riqueza y plenitud que dan sentido a una vida. En la medida en que nos adentremos en el siglo XXI vamos a avanzar hacia sociedades más pobres, a nivel de consumo energético y material. Eso es indudable. Escenarios materiales donde vamos a perder muchos de los estándares de vida que la sociedad de consumo nos ha enseñado a pensar que son normales, pero que son históricamente excepcionales. Solo en la medida en que sepamos encontrar formas

de riqueza no ligadas al consumo de mercancías, este empobrecimiento puede ser entendido como una oportunidad para vivir mejor con menos y no como una pesadilla de la que hay que despertar por cualquier medio, aunque ese medio sea una dictadura o el genocidio de otros para asegurar que la fiesta continúe. La buena noticia es que nuestro sustrato cultural está lleno de esas experiencias de lujosa pobreza, estas otras formas de riqueza en las que podemos basar un nuevo paradigma cultural. Riqueza de tiempo libre, riqueza de relaciones personales, riqueza de creatividad, de sentido vital.

En cuanto a la transformación de nuestro sistema económico, esta es una tarea esencial. Una reconversión tecnológica hacia la sostenibilidad está llamada a fracasar si no viene acompañada de un cambio social y económico radical. No se puede dejar de insistir en que la sostenibilidad no es un reto técnico, sino social y también moral. Por muy bien diseñado en materia de ecoeficiencia que esté un sistema tecnológico, si la sociedad que la sustenta necesita crecer para asegurarse un funcionamiento correcto chocará, más tarde o más temprano, con los límites biofísicos del planeta. Del mismo modo, cabe imaginar una sociedad ecológica, con una tecnosfera ecoeficiente y una economía regulada para impedir el crecimiento que fuera injusta e intolerable (basada en el trabajo esclavo de prisioneros de guerra o de castas inferiores, por ejemplo).

Una transformación radical de nuestro modelo económico implica una de las tareas más impensables del presente: volver a abrir la cuestión del sistema, que se nos cuenta que quedó definitivamente cerrada tras el naufragio del socialismo real en 1989. Situar el poscapitalismo en la agenda. Pero aquí sufrimos una contradicción importante: precisamente tras el fracaso del socialismo real, nadie sabe lo que es exactamente el poscapitalismo.

Podemos intuir algunos rasgos generales. Necesariamente estamos pensando en un sistema que no dejará de tener un componente mixto, y en el que el mercado seguirá teniendo un papel. Un sistema en el que sectores estratégicos de la economía deberán estar bajo control social y no en manos privadas, tanto para lograr dar un sentido ecológico integrado a las nuevas inversiones, como para garantizar el acceso universal a servicios básicos. Esto sería especialmente importante en lo que respecta a la banca, las empresas energéticas, el transporte, la vivienda (socialización de toda la vivienda vacía en manos de bancos rescatados), las grandes propiedades agrícolas y ámbitos de servicios públicos fundamentales, como la educación y la sanidad. Pero socializar no es nacionalizar: la sustitución del control privado oligopólico por el control de un Estado burocrático, opaco e ineficiente abriría nuevos problemas, como la corrupción y el clientelismo. Resulta por tanto fundamental que el poner una empresa al servicio del interés social vaya acompañado de medidas para abrir la gestión democrática de la empresa al conjunto de la sociedad.

Parece claro que un proceso de transición hacia el poscapitalismo tendría que atreverse con medidas importantes de redistribución de riqueza: un contexto de austeridad material y energética creciente sólo puede ser socialmente tolerable si está atravesado

por un fuerte principio de equidad social. Además, en un escenario de colapso la pobreza amenazaría a cada vez más gente, por lo que urge cerrar la brecha social.

Todo esto no podrá efectuarse sin una importante reforma fiscal de signo ecológico: será imprescindible un nuevo pacto fiscal que cargue sobre los grupos económicamente privilegiados el peso de la transformación social a acometer.

Y por supuesto tampoco podrá ver la luz sin importantes reformas en la arquitectura económica internacional, que reintroduzcan controles importantes tanto al comercio como a la libre circulación de capital, e impidan que masas anónimas de inversores actúen como plagas de langostas depredando el mundo, inflando las economías nacionales y dejándolas caer en pos de tasas de beneficio disparatadamente altas.

En este marco de sistema socioeconómico en transición la economía social puede tener un importante papel que jugar. Nos interesa usar aquí el término economía social de modo muy amplio. Bajo el término economía social quiero nombrar todo un magma de fenómenos, proyectos e iniciativas muy diversas, un conglomerado muy poco homogéneo que comparte algunos rasgos en común: el principal, autoconcebirse como alternativas de producción al capitalismo que operan dentro del marco de juego del capitalismo pero sin verse arrastrado por sus lógicas. De fondo, un presupuesto teórico esencial, que parece evidente, aunque no lo sea tanto: pueden existir economías de mercado no capitalistas.

De modo más concreto, y a diferencia de las unidades empresariales capitalistas, las empresas de la economía social fomentan la democracia económica interna, cumplen una suerte de código deontológico en la producción (no se trata de producir cualquier mercancía, sino algunas bajo criterios morales), procuran encontrar métodos de cooperación entre sí y además buscan colocarse al servicio de unas supuestas verdaderas necesidades de la gente, frente a las falsas necesidades inducidas por el terrorismo psicológico de la publicidad.

Con una definición tan genérica podemos incluir desde el cooperativismo y el mutualismo clásico a fórmulas de comercio justo pasando por la economía social y solidaria oficialmente reconocida como tal, todas ellas realidades institucionales con un amparo legal y un importante peso económico en la economía real, hasta formas de la llamada economía de los sectores populares, más ligadas a la economía sumergida. En un análisis muy amplio quizá podrían incluirse aquí instrumentos de reforma económica con un componente claramente social, como las monedas sociales complementarias, el consumo responsable o las cláusulas sociales y ambientales en la contratación pública. Y otro universo de prácticas a considerar, aunque difiere del resto de la economía social, es la llamada economía colaborativa, que facilitan las nuevas tecnologías de la comunicación, con fenómenos como *Blabla car* como máximo exponente, que tiene un enorme potencial pero también un importante peligro.

Quizá todas estas iniciativas tan diversas, salvo algunos fenómenos de la economía colaborativa, se podrían sentir identificadas con una definición que hace REAS, la Red

de Redes de Economía Alternativa y Solidaria, de la economía social: entender la economía como medio y no como fin y con una voluntad fundamentalmente transformadora.

El sociólogo portugués Boaventura Sousa Santos pone el acento en la importancia histórica de la economía social con la siguiente tesis: tras el fracaso del socialismo real y la crisis de los modelos económicos de planificación centralizada, la economía social tiene la misión de contrarrestar “el no hay alternativa” al capitalismo que promovió el discurso thatcheriano generando modelos de producción anticapitalistas. Para ello es preciso ejecutar propuestas económicas que cumplan, simultáneamente, con dos rasgos difíciles de combinar: viabilidad económica y carácter emancipatorio (Santos y Rodríguez, 2011).

Dicho con estas palabras, la responsabilidad de futuro de la economía social es inmensa. Veremos que en un contexto de crisis socioecológica está aumentando. Pero antes conviene recordar una obviedad: la economía social no es un gueto marginal. Es una propuesta arraigada en la economía real que tiene un peso económico destacado. Según Naciones Unidas, en el año 2012 las cooperativas del mundo cuentan con mil millones de socios, generan 100 millones de empleos directos, un 20% más que las grandes multinacionales y son responsables de la manutención cotidiana de 3.000 millones de personas. En Europa la economía social emplea a más de 14 millones de personas, el 6,5% del empleo total. En España, la economía social genera 1,2 millones de empleos directos, lo que equivale al 6,74% del empleo total del país, porcentaje algo por encima del europeo. Dentro de este sector, REAS, la Red de Economía Alternativa y Solidaria, una propuesta que nace con un perfil político y transformador muy claro que busca enfrentar la despolitización del movimiento cooperativista, produce ya 8.000 empleos directos, cuenta con 30.000 voluntarios y miles de personas asociadas (10.000 en finanzas éticas, 20.000 en cooperativas energéticas), y facturó el año pasado 355 millones de euros, generando 63 millones de euros de ahorro y capital social.

A su vez, la economía social no es una novedad. Los famosos 7 principios de los pioneros de Rochdale datan de 1844. Y la Alianza Cooperativa Internacional, la ACI, agrupa al cooperativismo mundial desde 1895. Por tanto no estamos descubriendo el Mediterráneo. Que la economía social tenga una historia acumulada es útil a la hora de evaluar sus límites y posibilidades.

Emmanuel Rodríguez y David Gámez (2016) afirman que hasta día de hoy el movimiento cooperativista o de la economía social ha conocido tres grandes oleadas que conviene conocer:

- (a) una primera durante el siglo XIX, ligada al nacimiento de la asociatividad proletaria, en la que se confundía el sindicato para la lucha de clases, con la mutualidad para responder colectivamente ante accidentes o enfermedades (haciendo de institución protectora ante la ausencia de un Estado socialmente benefactor) con el cooperativismo en sentido estricto, que tuvo un enorme auge con las cooperativas de consumo.

(b) una segunda, durante los años setenta del siglo XX, que buscó responder a la crisis económica de la época, provocada por la coincidencia simultánea del agotamiento de un modelo tecnológico y productivo, una oleada muy virulenta de la lucha de clases en los centros industriales (el mayo del 68 global) y la subida drástica de los precios del petróleo provocada por el embargo político de la OPEP.

(c) Una tercera, que la estaríamos viviendo actualmente, que se relaciona con la erosión del Estado del bienestar, la sobrecualificación estructural de la ciudadanía y la aparición de nuevos sectores emergentes cuyo desarrollo está ligado a cierta conciencia política o social ciudadana.

Cada una de estas oleadas presenta unos rasgos específicos que explican su surgimiento y también su declive.

La primera oleada, que podríamos llamar mutualista, la protagonizan obreros que carecían de cualquier mecanismo institucional de defensa frente al mundo del capital, cuyo trabajo era esencialmente un trabajo artesano y además muchos de ellos todavía conservan medios de producción, como pequeños talleres. Durante muchos años incluso se llegó a pensar que la extensión progresiva del mutualismo podría transformar el capitalismo en socialismo, tal y como preconizaba el anarquista Proudhon. La economía social adquirió así el perfil de una *hipótesis estratégica* para la transformación social.

Estas ilusiones fueron deshaciéndose a medida que por un lado la planta tecnológica industrial iba abandonando el perfil de pequeños talleres dispersos y adquiriendo la forma que luego fue predominante en el siglo XX: altamente concentrada, centralizada y mediante una organización científica y casi militar de la producción (taylorismo y fordismo). También cuando, desde Bismarck, el Estado sustituyó las mutualidades obreras por una mutualidad nacional autoritaria que garantizaba permiso por enfermedad, vacaciones, jubilación. La hipótesis estratégica del socialismo mutó: ahora se trataba de construir grandes movimientos de masas, bien con forma partido o para los anarquistas con forma sindicato, para tomar el poder político (destruirlo desde el discurso libertario) y poner la gran producción al servicio del socialismo. No obstante la oleada dejó tras de sí toda una cultura de la autoorganización proletaria muy interesante: pensemos en el papel cultural de las casas del pueblo o los ateneos libertarios, o las grandes cooperativas de consumo que organizaban a millones de personas en Europa antes de la primera guerra mundial.

La segunda oleada, la de los años setenta, surge como respuesta al abandono de muchas empresas por parte de sus empresarios ante la caída de los beneficios cuyas causas antes hemos esbozado. En España más de mil empresas son tomadas por sus trabajadores, como se refleja en el famoso documental NUMAX, de Joaquín Jordá. Es el auge del cooperativismo industrial en el sentido más contemporáneo, que se presenta entonces como una opción desesperada para mantener los puestos de trabajo. La progresiva profundización de las políticas neoliberales, con la deslocalización industrial como bandera, marcan el límite de esta oleada. No obstante, y aunque su origen es anterior, el

desarrollo económico de Mondragón, uno de los mayores grupos cooperativos del mundo, es fruto de esta oleada. Esta es la herencia de esta segunda gran oleada: la consolidación de algunas corporaciones cooperativas que hoy son capaces de funcionar con solvencia en la economía real y con una escala de producción interesante. La pregunta estaría en si para lograrlo han tenido que renunciar a buena parte de sus principios cooperativistas. De hecho las redes de economía social y solidaria surgen para evitar esta supuesta despolitización y normalización capitalista de las cooperativas que han tenido más éxito.

La tercera gran oleada de la economía social la estamos viviendo en estos mismos momentos. Circunstancias que están contribuyendo a ello, y que marcan mucho su especificidad, son las siguientes: la precarización del mercado laboral, que estrecha los horizontes de posibilidad para proyectos de vida centrados en el salario; la erosión del Estado del bienestar, con lo que ello tiene de pérdida de calidad y cantidad de las políticas públicas y también, es importante, de disminución de la oferta pública de empleo; la sobrecualificación sistemática de una sociedad con un nivel de preparación y de formación muy por encima de las posibilidades de integración y empleabilidad de su mercado laboral; la extensión de la lógica económica de la subcontratación; el surgimiento de tecnologías de la comunicación que facilitan mucho los mecanismos de cooperación; el desarrollo de movimientos sociales capaces de simbiotizarse con sectores de mercado emergentes y hacer del emprendimiento económico una herramienta política (pensemos en las energías renovables o la agroecología en el caso del ecologismo o las clínicas de planificación reproductiva o educación para la igualdad de género en el caso del feminismo...); por último, el surgimiento de la ideología del emprendimiento, que está suponiendo un marco cultural clave para entender este fenómeno.

Las cooperativas que surgen en esta tercera ola tiene un perfil diferente de las cooperativas clásicas: suelen ser asociaciones de personas con una alta cualificación, por ejemplo, titulados universitarios, que ante la imposibilidad de encontrar salida laboral en el mundo de la empresa privada o la oferta pública de empleo se asocian en un proyecto laboral común. Algunos de estas personas provienen de entornos políticos y militantes, y encuentran en la economía social una herramienta para dar continuidad biográfica a una vida que gira alrededor de la participación política, por ejemplo en ámbitos como el ecologismo, el feminismo o la cultura.

Como afirman Rodríguez y Gámez (op.cit.) estos suelen ser proyectos que, para su viabilidad económica, dependen mucho de los presupuestos públicos del Estado, y a día de hoy quienes los viven lo hacen en condiciones de alta precariedad.

Muchos autores consideran que la economía social es una estrategia no solo transformadora, si no también adaptativa en un contexto de transición ecosocial, por lo que cabe augurar para ellas un prometedor futuro. ¿La razón? En teoría está mejor preparada para funcionar en contextos de crecimiento cero al no buscar la ampliación del beneficio (Olivares, 2014). Es importante entender que el pico energético de los

combustibles fósiles, especialmente el del petróleo, no situará pronto en un contexto de crecimiento como *juego de suma cero*, un escenario de mengua de la tarta total a repartir, en el que el nuevo crecimiento económico solo podrá lograrse a costa del decrecimiento de otros, tanto a nivel internacional, lo que reactivará la guerra económica y el proteccionista como a nivel interno, lo que incentivará y obligará a los empresarios a atacar la paz social. En estos escenarios de crecimiento tan complicado, la economía social, que se ahorra el porcentaje de beneficio que las empresas capitalistas homologadas deben perseguir para sobrevivir, tiene cierta ventaja adaptativa. La economía social tiene otros rasgos de versatilidad añadidos: al hacer partícipe a los trabajadores de la propiedad de los medios de producción, disminuye mucho los costos de supervisión y genera un elevado incentivo y una ética del trabajo de alta implicación. Todo ello convierte a las empresas de la economía social en entidades flexibles y capaces de ser productivas y competitivas en entornos económicos más difíciles, aunque presentan la desventaja de la lentitud y la inestabilidad que a veces suponen las formas de gestión más democráticas.

Pero como ocurre normalmente, porque la realidad siempre es ambivalente, su virtud puede ser al mismo tiempo su defecto. Su potencialidad adaptativa en contextos de crecimiento bajo o nulo puede volver a las formas de economía social un instrumento útil para un programa capitalista de precarización general de la vida de la gente. Por ejemplo, las nuevas cooperativas de servicios funcionan bien en un contexto de desmantelamiento del Estado del Bienestar y de extensión de las lógicas de subcontratación y externalización de los antiguos servicios públicos. Digamos que la economía social puede jugar el papel de “tonto útil” en un esquema de explotación del trabajo que se basa, cada vez más, en subdividir la cadena de producción en unidades más pequeñas sometidas a regímenes asimétricos de competencia muy duros. Como ejemplifican Rodríguez y Gámez, un ejemplo fue el programa *Big Society* que se desarrolló en Inglaterra durante los años más duros de la crisis. Ante el retroceso del Estado se animaba a la sociedad civil a tomar la iniciativa: “si una biblioteca carece de presupuesto que la autogestionen los usuarios”.

El discurso del emprendizaje, con ese acento en la gestión empresarial de la personalidad que las redes sociales facilita, y la sobredimensión de la responsabilidad individual en los acontecimientos biográficos, prepara el terreno en el ámbito de las expectativas culturales.

Además, las nuevas cooperativas de esta tercera oleada no han desarrollado ningún mecanismo que les permita superar la conocida como *tragedia de las cooperativas*, que se resume en el siguiente dilema que ha recorrido la historia del cooperativismo durante más de un siglo y medio: las cooperativas o mueren de ineficiencia, trituradas por la competencia salvaje del mercado, o mueren de éxito integrándose en el mercado como empresas homologadas al resto, esto es como empresas casi capitalistas. Un ejemplo ilustrativo muy simbólico de lo segundo, aunque sin duda injusto y exigiría muchos matices: caja laboral, la banca cooperativa del grupo Mondragón, vendiendo preferentes.

Y es que las cooperativas sufren un dilema estructural entre principios y eficacia que tiene diferentes expresiones: las estructuras democráticas de gestión las vuelven lentas en entornos muy competitivos; los inversionistas, tras la euforia inicial, tienden a desear control proporcional al capital aportado; la maduración biológica de los socios cooperativistas -en el caso de los proyectos más politizados- empuja tendencialmente hacia cierta profesionalización y despolitización de la actividad. En resumen, el crecimiento económico de la cooperativa parece siempre ir de la mano de una merma de la participación interna de sus trabajadores y una rebaja del perfil ético o moral de su ámbito de acción.

Esta es una realidad con un fuerte componente estructural, es decir, más allá de la voluntad de las personas. Tiene que ver con que las entidades de la economía social son islas de cooperación en un mar de competencia implacable. Para que podamos calibrar lo que esto tiene de realidad profunda y estructural conviene echar una mirada al caso yugoslavo. Este es un caso histórico sumamente complejo, y decir cualquier cosa de él en cinco minutos es traicionarlo y caricaturizarlo. Pero no deja de ser significativo que en uno de los mayores experimentos de autogestión y cooperativismo, que se dio a escala nacional y además bajo un régimen político que se pretendía socialista a la vieja usanza, la evolución de las empresas autogestionadas fuera en una dirección similar: hacia la profesionalización de la gestión empresarial y la pérdida de participación de los trabajadores. Es decir, hacia la normalización capitalista.

La presión hacia la normalización capitalista la podemos observar también en ese otro ámbito tan de moda que es la economía colaborativa que facilitan las nuevas tecnologías de la comunicación, que muchos consideran un tipo de prácticas con un cierto aire de familia con la economía social. Pensemos por ejemplo en los viajes compartidos, o el sofá compartido... prácticas que podrían considerarse que inauguran una nueva era basada en el don. Pero lo cierto es que la mayoría de ellas lo que están propiciando es una rentabilización de la generosidad. Los átomos neoliberales obligados a aprovechar cualquier resquicio de socialidad para hacer negocio. El filósofo coreano Byung-Chul Han, en un artículo que publicó El País el 3 de octubre de 2014, plantea que, frente a una lectura superficial, la llamada economía del compartir conduce a la comercialización completa de la vida. Cito textualmente:

“También en la economía basada en la colaboración predomina la dura lógica del capitalismo. De forma paradójica, en este bello “compartir” nadie da nada voluntariamente. El capitalismo llega a su plenitud en el momento en que el comunismo se vende como mercancía. El comunismo como mercancía: esto es el fin de la revolución” (Byung-Chul Han 2014).

Es indudable que nuestro marco social dispone de enormes facilidades para que proliferen prácticas ligadas al disfrute de nuevos bienes comunes. Tanto por el lado del enorme grado de interconectividad de estas nuevas tecnologías, y por tanto por las facilidades para la comunicación, el encuentro y el diálogo, como por el lado de la extrema abundancia material que nos rodea, abundancia que ha llegado a un punto tal

que creo que podemos describir nuestra situación utilizando una lúcida expresión de Lewis Mumford: desposesión por abundancia. Tenemos muchas facilidades para compartir. Wikipedia es un ejemplo paradigmático. Podríamos pensar en cosotecas publicas donde estuvieran a disposición de la ciudadanía, en régimen de préstamo, muchos artefactos y objetos de uso puntual que hoy se acumulan sin uso en millones de hogares. Pero en lugar de proliferar los nuevos bienes comunes lo que prolifera con mayor fuerza son microdispositivos para alentar el ánimo de lucro en casi cualquier aspecto de la vida.

Todas estas derivas potenciales de la economía social, que pueden ayudar a engrasar el mecanismo de la acumulación de capital en un contexto de crisis cronificada, hay que entenderlas como algo más que producto de unos determinados intereses. Como algo más que el resultado de un programa político neoliberal, que habría configurado un sentido común determinado. La ambigüedad de las experiencias de la economía social, o mejor dicho, la imposibilidad que ha demostrado la economía social en 150 años lo que ilumina, lo que demuestra y de modo muy claro, es que el capitalismo no es solo el resultado del proyecto político de la burguesía. El capitalismo es una realidad estructural con un enorme arraigo en la civilización moderna. Tan enorme que cuando el socialismo ensayó vías de modernización diferentes, con todo el poder político del Estado nación en sus manos, terminaron demostrándose, y voy a simplificar brutalmente, como rodeos hacia el capitalismo.

Empleo el término estructural para hablar de ciertas cualidades de los procesos de sociales de configurarse bajo determinaciones, que a escala de los sujetos parecen espontáneas, no decididas ni ejecutadas por nadie, que configuran un orden de posiciones entre ciertas relaciones cuyo efecto rutina apunta a recrear las condiciones de su propia constancia.

Esta cualidad estructural del capitalismo, esta capacidad para configurar realidad, aunque se despliega a través de clases sociales que tienen planes y los ejecutan, posee una dimensión inconsciente: “no lo saben, pero lo hacen”, decía Marx. Solo clarificando la profundidad de esta inercia que nos impone la estructura de configuración de los sujetos sociales que es el capitalismo, la cual no es ni mucho menos evidente, podremos aspirar a que fenómenos como la economía social y solidaria ganen alguna vez la partida, y dejen de ser realidades marginales. Dicho de modo más sencillo: cuando la economía social está obligada a convivir con el capitalismo, como hoy lo está, el resultado del duelo está amañado. La lógica del capital, que lo devora todo, está llamada a triturar, o volver anecdótica cualquier experiencia alternativa que se de en ámbitos parciales. Necesitamos que la economía social opere en un marco de transición poscapitalista.

Pero aquí es donde la claustrofobia de nuestra situación histórica se torna más intensa. En primer lugar porque hoy nadie puede afirmar, de modo sistemático y coherente, que es el poscapitalismo. No tenemos una arquitectura teórica sólida al respecto. Si algunas iluminaciones y algunos destellos, pero no un diseño coherente.

En segundo lugar porque seguramente ese diseño es imposible. Decía Georgescu-Roegen que quien pretendiera establecer un plan para la salvación ecológica de la humanidad desconocía completamente cómo funcionaba la evolución cultural.

En tercer lugar porque si del siglo XX tenemos que extraer alguna lección, esta es que el control del poder político no es ninguna garantía para acelerar o desencadenar procesos de transformación de este calibre tan grande. El poscapitalismo implica una enmienda a la totalidad del actual sistema. Pero esto no se puede provocar con un gran acontecimiento ni tiene en el poder político su puesto de mando esencial.

En un texto especulativo sobre un hipotético más allá del fetichismo de la mercancía afirmaba, con Jordi Maiso, la siguiente tesis:

“El materialismo histórico ha demostrado que la socialización capitalista se desarrolló en el seno de la sociedad feudal, y cuando el andamiaje saltó por los aires con las revoluciones políticas burguesas las nuevas relaciones sociales ya habían invadido y transformado casi la totalidad del Antiguo Régimen, al que le quedaba sólo la estocada final. Este esquema se repite en cualquier gran transformación civilizatoria: de la antigüedad clásica a la edad media, de la edad media al capitalismo, los cambios fundamentales fueron, antes que nada, sociales en sentido amplio (productivos, culturales, de subjetividades). El decreto de abolición del feudalismo del 4 de agosto de 1789 tenía sentido porque era la representación teatral de unos *hechos sociales consumados*”. (Santiago Muiño y Maiso, 2014).

Esta lección fue mal digerida por el socialismo, que ha aspirado al gesto histórico del golpe de gracia sin tener las bases sociales de sus contenidos. La superación del capitalismo no es un acto jurídico. Es algo mucho más complejo y mucho más largo en el tiempo. Por el contrario el movimiento obrero ha operado al revés. Y ha aspirado al gesto político determinante sin una base de relaciones sociales transformadas. Por ello, las escasas veces que una revolución consigue vencer militarmente a la reacción, se encuentra con la imposibilidad de transformar las relaciones sociales por decreto.

La recurrencia de esta tragedia histórica nos lleva a pensar que uno de los déficits teóricos del socialismo histórico ha sido el no reflexionar y poner en práctica sus propias *formas embrionarias* (Kurz, 1997). Sus propios espacios donde ir gestando, poco a poco, una realidad económica y distinta. Con toda su precariedad y con lo difícil que será, a estas semillas de poscapitalismo, sobrevivir ante un sistema tan capaz de dominarlo absolutamente todo.

Volvemos entonces al punto de partida en una especie de espiral o de círculo vicioso que parece difícil de romper. A pesar de sus debilidades, a pesar de estar siempre al borde de resbalar por la normalización capitalista y abandonar sus presupuestos de cooperación y justicia social, a pesar de su compatibilidad e incluso de su complementariedad con las formas extremas de explotación y exclusión social que inaugura la crisis socioecológica necesitamos extender hasta donde sea posible

experiencias de economía social. Necesitamos consolidarlas porque ellas son el germen de lo nuevo por nacer. Si en algún sitio tenemos que ir preparando el terreno y ensayando fórmulas para gestionar una economía que persiga satisfacer necesidades y no ampliar beneficios, es en la economía social. Y en esta consolidación, está claro que las instituciones políticas, con su estrecho margen de maniobra, tiene un inmenso margen de maniobra, aunque no son los únicos actores llamados a contribuir a este desarrollo. El papel de la sociedad civil organizada es tanto o más importante, aunque en este punto se abre otro debate complejo: que posibilidades para la autoorganización social nos dejan las actuales condiciones de vida.

Quizá la esperanza que nos cabe albergar de modo realista, que convine lo inengañable y lo indesilusionable, se fundamente en un cambio de perspectiva sobre la transición ecosocial por venir. El ritmo de las transformaciones a la escala de las civilizaciones en necesariamente lento. Seguramente mucho más lento de lo que nos podemos permitir dada la gravedad de la situación. Y también mucho más lento de lo que nuestros sueños políticos nos alientan. Pero ello no significa que no se abran un abanico de posibilidades de transformaciones concretas, cuyo éxito puede mejorar enormemente la vida de la gente, y cuyo fracaso puede empeorarla. Este cambio de perspectiva, incluso este cambio de disposición o de temperamento, se podría resumir con una frase poética que escribí hace muchos años para una canción: *como una pantera en las distancias cortas y como una hormiga en las distancias largas*. Allí donde podamos intervenir con efectos contrastados, aunque sea en pequeña escala, como por ejemplo utilizando la capacidad de intervención de nuestras instituciones para favorecer la economía social, por ejemplo mediante la introducción de algo tan poco revolucionario como cláusulas sociales y ambientales en la contratación pública, tenemos que poner toda la carne en el asador y toda nuestra fuerza de voluntad colectiva. Y para cambios más fundamentales, pero también más complejos y menos dependientes de nuestras intenciones, como es el surgimiento de una civilización poscapitalista, olvidarnos del consejo de Brecht cuando afirmaba que los revolucionarios teníamos que aprender a cultivar la impaciencia, y admitir como más ajustado a nuestra capacidad de bailar con la historia aquella otra frase de Kafka que afirmaba que la impaciencia era el único pecado.

Bibliografía

- AIE -Asociación Internacional de la Energía-(2012). *World Energy Outlook 2012*. [En línea].
Disponible en:
http://www.iea.org/publications/freepublications/publication/WEO2012_free.pdf
- GORZ, André (2008). *Ecológica*, Madrid: Clave Intelectual, 2012.
- HALL, Charles y DAY, John (2009). “Revisiting the Limits to Growth After Peak Oil”, *American Scientist Online* [En línea]. Disponible en: <http://www.esf.edu/efb/hall/2009-05Hall0327.pdf>
- HAN, Byung-Chul (2014) ¿Por qué hoy no es posible la Revolución?”, en *El País*, 3 de octubre de 2014

- HANSEN, James et al (2013). *Assessing "Dangerous Climate Change": Required Reduction of Carbon Emissions to Protect Young People, Future Generations and Nature* [En línea]. Disponible en: <https://www.plos.org/wp-content/uploads/2013/05/pone-8-12-hansen.pdf>
- HUSSON, Michel (2015) "Los límites del keynesianismo", en VientoSur.info [En línea].
- JAPPE, Anselm (2011). Crédito a muerte, Logroño: Pepitas de calabaza.
- KURZ, Robert (1991a). *O colapso da modernização*. [En línea]. Disponible en: http://obeco.no.sapo.pt/livro_colapsom.html. (Consultado el 5 de mayo de 2013).
- KURZ, Robert (1991b). *El honor perdido del trabajo*. [En línea] Disponible en: <http://grupokrisis2003.blogspot.com.es/2009/06/el-honor-perdido-del-trabajo.html> (Consultado el 4 de junio de 2012).
- KURZ, Robert (1997). Antieconomía y antipolítica. [En línea]. Disponible en: http://grupokrisis2003.blogspot.com.es/2009/06/antieconomia-y-antipolitica_14.html
- NADAL, Alejandro (2015) El estancamiento secular [En línea]. En: <http://www.attac.es/2015/10/30/estancamiento-secular/>
- GARCÍA OLIVARES, Antonio (2014). "Energía renovable, fin del crecimiento y post-capitalismo. Hacia una economía simbiótica con el ecosistema" en Riechmann, Jorge et al. (coord.), *Los inciertos pasos desde aquí hasta allá: alternativas socio-ecológicas y transiciones poscapitalistas*, Granada: Universidad de Granada.
- RODRIGUEZ, Emmanuel y GÁMEZ, David (2016) *Más allá del cooperativismo, más allá de la economía social*, en Diagonal [En línea]. Disponible en: <https://www.diagonalperiodico.net/blogs/funda/mas-alla-del-cooperativismo-mas-alla-la-economia-social.html>
- SANTIAGO MUÍÑO, Emilio y Maiso, Jordi (2014): "¿Qué puede venir más allá del fetichismo de la mercancía? Transiciones poscapitalistas a partir de la crítica del valor," en Riechmann, Jorge et al. (coord.), *Los inciertos pasos desde aquí hasta allá: alternativas socioecológicas y transiciones poscapitalistas*, Granada: Cicode.
- SANTOS, Boaventura de Sousa y RODRÍGUEZ, César (2011). "Para ampliar el canon de la producción" en Sousa Santos, Boaventura (coord.), *Producir para vivir: los caminos de la producción no capitalista*, México D. F.: Fondo de Cultura Económico.
- VALERO, Antonio y VALERO, Alicia (2014). *Thanatia: The Destiny of the Earth's Mineral Resources*, Singapur: World Scientific Publishing.
- .